

**GULBAHAR HAITIWAJI
ROZENN MORGAT**



EL GULAG CHINO

**Cómo sobreviví a un campo
de internamiento**



Ariel

Gulbahar Haitiwaji
Rozenn Morgat

El gulag chino

Cómo sobreviví a un campo
de internamiento

Traducción de Julia Azaretto

Ariel

Título original: *Rescapée du goulag chinois*

Primera edición: mayo de 2022

© 2021, Gulbahar Haitiwaji y Rozenn Morgat

© 2022, Julia Azaretto, por la traducción

Éditions des Équateurs/Humensis, 2021

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency.

El coste de esta traducción ha sido cubierto por una subvención concedida por el Centre National du Livre, al que agradecemos su apoyo.



Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3533-9

Depósito legal: B. 6.707-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

París, 28 de agosto de 2016

Aquella noche, pese al calor sofocante de finales de agosto, la fiesta fue magnífica. Bajo la luz de los proyectores, las animadas conversaciones habían alcanzado su apogeo. Las risas y el repiqueteo de la vajilla se mezclaban formando una tumultuosa sinfonía que se superponía a la melodía de los laúdes. Alrededor de los caminos de mesa morados, invadidos por ramos de rosas y hortensias, los comensales se amontonaban ante ensaladas de fideos multicolores, grandes y humeantes tajines y cestas de samosas (croquetas de cebolla y carne picada).

Algo particular de los casamientos uigures es que no se deja de comer ni de beber. Nunca debe faltar nada. Durante toda la noche la música envuelve las conversaciones. Uno se levanta de la mesa para bailar y luego vuelve a sentarse para comer un plato de *polo** o beber una taza de té. Nunca antes mis platos habían deleitado de esa forma a mis invitados. Estaban todos de lo más elegante, contenidos en sus trajes sobrios y sus relucientes vestidos. En China los hanes suelen decir que las uigures son las mujeres más bellas del mundo. Aquella noche, cuando ellas sonreían, sus dientes resplan-

* Plato uigur típico con cordero cocinado en aceite y mezclado con arroz, trozos de zanahoria y cebolla.

decían en la penumbra, bajo sus pómulos marcados; la raya negra del delineador subrayaba sus párpados rasgados. Pero una de ellas brillaba aún más que las demás: era la novia, Gulhumar, mi hija. Había que verla encorsetada en su vestido blanco de raso y tul. Una línea de finas perlas le caía a la altura de la cintura y subrayaba sus curvas armoniosas. Llevaba la oscura melena recogida en la nuca, con lo que dejaba ver sus hombros redondos y derechos; el escote palabra de honor del vestido le delineaba el busto y la forma ahuecada de la columna. ¡Ay, cuánto trabajo nos había dado ese vestido! Todavía recuerdo la mueca malhumorada de Gulhumar ante el espejo del probador, con las manos en la cadera. Los moños y las lentejuelas nunca habían sido muy de su estilo.

De niña soñaba con ser varón. Era su drama, su obsesión, su quimera. Se empeñaba en copiar todas las actividades que pudieran acercarla al otro sexo. Nada podía detenerla. Ni los vestidos, ni los zapatos de piel, ni las cintas en el pelo.

La fiesta fue un verdadero éxito. Mucho tiempo después los invitados seguían comentando que la boda de Gulhumar había sido maravillosa. En los Países Bajos, Noruega o Suecia..., en cada rincón en que los uigures exiliados en el continente hubiesen hallado refugio se ensalzaba la belleza de la novia. La calidez de sus halagos casi nos hacía olvidar, tanto a mi marido Kerim como a mí, a los grandes ausentes de la ceremonia: nuestras familias prisioneras en Xinjiang.

La región de Xinjiang es el punto de partida de esta historia, la historia de nuestra familia, los Haitiwaji, y también de la mía. Me llamo Gulbahar. Nací en Gulja, en Xinjiang, el 24 de diciembre de 1966.

Antes de que Francia nos recibiera vivíamos en ese país de jauja del que hoy prácticamente no queda nada. Allí, desde hace décadas, nuestra comunidad sufre la represión inflexible de China. Nosotros, los uigures, somos perseguidos, encerrados, reeducados.

Pero empezamos por el principio: Xinjiang se encuentra a miles de kilómetros de Francia, en los confines de Asia

central. Kerim y yo crecimos en ese paraíso, tres veces más grande que Francia, salpicado de montañas y oasis. Ese entorno privilegiado se encuentra en el extremo oeste de China, cercado por ocho países: Mongolia, Rusia, Kazajistán, Kirguistán, Tayikistán, Afganistán, Pakistán y la India. Posee cítricos, oro, diamantes y también otras riquezas subterráneas: gas, uranio y, sobre todo, petróleo. Lo llamo «nuestro país», pero el posesivo no es del todo exacto. La tierra, comida al oeste por las repúblicas independientes, conoció apenas unos pocos episodios de libertad nacional que fueron interrumpidos por extensos períodos de anexión a China: primero bajo el Imperio y luego con la llegada en 1949 de los comunistas, quienes la bautizaron como Xinjiang, lo que en chino mandarín significa «nueva frontera».* Las rebeliones de los separatistas que soñaban con una República Independiente del Turquestán Oriental no cambiaron nada; los comunistas asfaltaron nuestras rutas y abrieron el vientre de la tierra para extraer el petróleo y el gas que yacían allí.

Desde entonces, nosotros, los uigures, somos la piedrecilla en el zapato del Imperio del Medio. Xinjiang es un corredor estratégico demasiado rico para que China se arriesgue a perderlo. Invirtió mucho dinero en las «nuevas rutas de la seda»,** ese gran proyecto político-económico cuyo objetivo es unir China con Europa pasando por Asia central, proyecto en el que nuestra región es un eje crucial. Sin ella, la punta de lanza de la política del presidente Xi Jinping no podría concretarse. Xi Jinping necesita a Xinjiang. Un Xinjiang tranquilo y propicio para el comercio, limpio de sus

* En 1955 Xinjiang fue incorporada definitivamente a la República Popular de China con la apelación de Región Autónoma de Xinjiang.

** Las «nuevas rutas de la seda», impulsadas por Xi Jinping en 2013, también conocidas como BRI por sus siglas en inglés (Belt and Road Initiative), significaron la construcción de una red de rutas e infraestructuras entre China y sus mercados tradicionales de Asia, Europa y África.

habitantes separatistas con sus tensiones comunitarias... En resumen, quiere Xinjiang sin los uigures.

En las escuelas de cualquier punto del país los alumnos recitan que las 56 etnias nacionales —entre las que se encuentran los uigures— constituyen la piedra angular del desarrollo cultural de China en el mundo. Nuestros documentos de identidad dicen que somos ciudadanos de la República Popular de China, pero, en realidad, somos uigures de corazón. Los hombres y las mujeres rezan en mezquitas y no en templos budistas. Los musulmanes más practicantes llevan barba, y las mujeres se cubren con un velo. En los hogares, escuelas y calles de Xinjiang se oyen las entonaciones rugosas y roncadas de la lengua uigur —dialecto derivado del turco— y no el chino mandarín. El alimento básico no es el arroz, como para los hanes del este, sino los *naans*, esos panes redondos y chatos típicos de Asia central. Sin embargo, en el contexto actual más que nunca, nuestras diferencias culturales molestan, y los episodios de revueltas pasadas nos preocupan. Por esta razón nos exiliamos en Francia en 2006, justo antes de que en Xinjiang se desatara una represión feroz.

Cuando llegamos a Francia nos percatamos de que muy pocas personas habían oído hablar de Xinjiang, y aún menos del conflicto étnico y cultural que atraviesa la región. Al describir las discriminaciones, los encarcelamientos, la imposibilidad de construir un futuro sereno en nuestro país, la gente fruncía el ceño. Por lo general, nuestras explicaciones despertaban indiferencia o, en el mejor de los casos, una curiosidad de cortesía. «¿Eso es más o menos como lo de los tibetanos?», solían decirnos. Más o menos, es cierto. Para los occidentales la represión de la que somos objeto tiene algo exótico. Es la versión china de David y Goliat. Salvo que en esta historia, David aún no ha vencido a Goliat. Hace muchas generaciones que lo combate sin éxito. A decir verdad, no sabría identificar el momento en que comenzaron los primeros disturbios. Ya estaban ahí, agazapados en la sombra, cuando yo crecía en mi pueblo del norte. ¿Acaso existieron siempre?

Sin embargo, para Kerim y para mí, las cosas habían empezado bien. Hubo un tiempo no muy lejano en que los problemas políticos de Xinjiang apenas si nos rozaban. Su murmullo nos alcanzaba, pero nosotros estábamos ocupados construyendo una vida feliz. Eran los años noventa. Xinjiang atraía a todos aquellos, chinos y extranjeros, que quisiesen hacer fortuna. Su capital, Urumqi, rebosaba de estudiantes en ingeniería recién graduados, de familias hanes emigradas del este, de trabajadores kazajos que habían ido a explotar unas pequeñas granjas en la región. En el centro brotaban torres de oficinas y centros comerciales que superaban las mezquitas. Las compañías de extracción petrolera contrataban a diestro y siniestro, tanto a uigures como a hanes. Por el Gran Bazar circulaba una población muy diversa. Mujeres con velo se codeaban con otras en tejanos y sudaderas con capucha. Madres y niños encaramados cual amazonas en la parte trasera de motocicletas tomaban por la espalda a unos padres barbudos, con el cráneo cubierto de *doppas*, el bonete tradicional adornado con bordados uigures. En medio de un concierto de bocinas, unos vendedores en cuclillas en el borde de la acera ofrecían todo tipo de aparatos electrónicos, juguetes de plástico y objetos de bisutería que fascinan a los chinos del este, mientras que, en el puesto del siguiente vendedor, podíamos encontrar, amontonados en grandes cajas de plástico, utensilios de cocina de madera, henna o *naans*.

Kerim y yo nos conocimos allí, en las aulas de la universidad del petróleo. La ciudad de Urumqi posee un encanto particular, pues es posible encontrar habitantes con orígenes, culturas y tradiciones diversas. Los hanes representan casi la mitad de la población. La otra mitad se divide en un sinnúmero de etnias minoritarias: los uigures,* los kirguises, los

* En 1950, cuando llegaron los hanes, los uigures eran mayoría. Hoy se estima que la población uigur se eleva aproximadamente a unos 11,5 millones de habitantes.

kazajos, los tayikos, los mongoles... Kerim es oriundo de Altay, una ciudad del extremo norte ubicada al pie de las cumbres que delimitan la frontera con Kazajistán, Rusia y Mongolia. Esos habitantes de piel cobriza tienen fama de ser montañeses toscos, que se expresan en un dialecto derivado del kazajo (y no del turco, como el idioma uigur tradicional). No percibí enseguida el encanto algo rústico de ese hombre grandote y fortachón. Yo también soy oriunda del norte, de Gulja, una ciudad pequeña. Para llegar desde Altay había que vérselas, bien en el coche o en el autobús de aquella época, con varios cientos de kilómetros de planicie desértica. Un mundo nos separaba.

Recuerdo a nuestra vecina de Gulja. Era una mujer minúscula y rechoncha que vivía con su marido, también minúsculo y rechoncho. Desconocía los motivos que los habían conducido a vivir allí, lo único que sabíamos de ellos se resumía en que eran hanes. Sin embargo, la pequeña mujer llevaba vestimenta tradicional uigur. Cocinaba samosas rellenas de carne de cordero que perfumaban nuestra calle. Hanes o uigur, en aquella época, nada de esto tenía demasiada importancia. Al menos en nuestra casa. Nuestras relaciones con esta vecina eran excelentes, a tal punto que su marido y ella compartían nuestra mesa para la Fiesta del Fin del Ayuno, el Aíd. Ella apreciaba nuestra cultura, que de algún modo era también la suya.

Luego nos instalamos en Karamay, la otra ciudad importante del norte. Su nombre significa «aceite negro» en uigur y es una ciudad de hormigón construida apresuradamente para recibir a los cientos de familias de obreros que habían ido a trabajar a los sitios petrolíferos adyacentes. De Karamay se decía que era El Dorado.

Al salir de la universidad, la Compañía de petróleo local nos ofreció puestos de ingenieros allí. Era una oportunidad magnífica. En aquella época, Karamay fascinaba porque formaba parte de esas ciudades nuevas de Xinjiang donde no faltaba el trabajo. En 1988, año en el que llegamos, ofrecía a

la vista una sucesión de avenidas rectilíneas vacías, sin comercios ni restaurantes ni mercado. En ese tablero, construido conforme al modelo de las ciudades americanas, no había más que obras en cada manzana, con el consabido barullo de martillos demoledores, grúas y excavadoras. Nos despertábamos y nos acostábamos en medio de una verdadera cacofonía. La ciudad chillaba, crujía, retumbaba permanentemente. En pocas semanas salían del suelo torres para acoger a nuevas familias de trabajadores provenientes de todas las latitudes de Xinjiang. Mientras Karamay se llenaba, los obreros excavaban un poco más el suelo para abrir el lecho de un río artificial y plantar líneas de árboles frondosos. En el seno de este ruidoso hormiguero vivíamos en un pequeño apartamento de dos habitaciones, provisto por la Compañía, justo al lado de sus edificios. Residimos durante más de veinte años en aquel lugar y las obras nunca cesaron, como si Karamay no dejara de extenderse por encima de sus suelos repletos de oro negro.

La vida en Karamay era frugal. En invierno nos moríamos de frío. La temperatura rozaba peligrosamente los 30 grados bajo cero en el mes de enero. El viento implacable se metía en las calles y nos pellizcaba el rostro. Al llegar la primavera, nos sofocábamos. En las noches de mayo las baldosas de las nuevas aceras, cocidas al sol, exudaban un calor espeso. Mientras las familias regresaban al frescor de las casas para la cena, Kerim y yo deambulábamos en bicicleta en esa atmósfera tórrida. Él delante y yo en el portaequipajes, abrazada a su cintura. Aquí todo estaba por inventarse. La ciudad nueva se parecía a nuestra vida juntos. Un futuro sin nubes se abría ante nosotros como uno de los bulevares polvorientos de Karamay. Nos casamos en la intimidad de nuestro piso, junto a un puñado de amigos y un imán que celebró la boda. Luego nacieron las niñas, y el porvenir, en aquel entonces, parecía más radiante que nunca.

Nuestros ingresos mensuales justo nos permitían llegar a fin de mes, pero no teníamos muchas necesidades. La época

se prestaba a placeres simples. Nuestros amigos, algunos oriundos de Urumqi como nosotros y otros que habíamos conocido en la Compañía, también llevaban un tren de vida modesto. Todos trabajábamos mucho. Las semanas transcurrían y todas eran iguales en la Compañía. Para engañar a las obligaciones laborales habíamos iniciado una tradición: a principios de año organizábamos un sorteo. Uno de nosotros escribía en unos papelitos los nombres de cada uno y luego los colocaba en un gran cuenco. Así se sorteaba la organización, por cada integrante del grupo, de una salida mensual durante el año entrante. Ir a un restaurante, a una sauna o, a veces, a una cena en casa de uno u otro... Esas eran nuestras distracciones y respiros. Karamay crecía, la oferta de ocio se multiplicaba. ¡Cuántos buenos momentos pasamos en la misma mesa compartiendo unas brochetas de carne asada o riendo, entre mujeres, recostadas en los vapores del *hammam*! Si un año, por esas cosas de la vida, alguno andaba apretado de dinero, hacíamos bote para ayudarlo. Todos habíamos dejado nuestras regiones natales para ir a trabajar a esa nueva ciudad perdida en el desierto. Como habíamos crecido lejos de nuestras familias, de alguna manera habíamos recreado una familia allí. Allí, Nilopar, Muhammad, Dilnur, Aynur... Me pregunto qué sería de su vida. De la cuadrilla, ninguno dejó Karamay. Según las últimas noticias, algunos aún trabajan en la Compañía, mientras que otros son maestros en la escuela elemental o profesores en la universidad.

Hoy los intercambios se vuelven cada vez más escasos, como si nuestros amigos temiesen que sus confidencias fuesen espiadas. Los extraño. Ningún uigur que se haya quedado en Xinjiang logró escapar al ojo del Gran Hermano chino. No quisiera que mis preguntas les ocasionaran problemas.

Creo que Kerim siempre supo que en algún momento habría que marcharse de Xinjiang. La idea ya le rondaba la cabeza mucho antes de que nos contrataran en la Compañía.

ña, desde los años de Urumqi, cuando, recién graduados, ambos buscábamos trabajo. Estábamos en 1988. Mirábamos los anuncios clasificados en los diarios. En muchos de ellos leíamos una aclaración escrita en letra pequeña: «No se contratan uigures». Él nunca dejó de pensar en eso. La ola de discriminaciones que comenzaba nos persiguió hasta Karamay. Se acercaba cada vez más, pero por aquel entonces todos preferíamos cerrar los ojos. Salvo Kerim. Kerim no pasaba una. Cuando yo optaba por no detenerme en detalles extraños, él hacía de eso su obsesión.

En la Compañía tuvimos, primero, el episodio de *hong bao*,* esos sobrecitos rojos en los que se introduce dinero para regalárselo a los parientes durante el Año Nuevo chino. La tradición impone que el empleador también distribuya esos regalos a sus empleados. El jefe de la Compañía siempre cumplía. Pero, ese año, los empleados hanes recibieron en sus sobres más dinero que los uigures. Las familias uigures no le dieron mucha importancia a este episodio. Después de todo, quizá solo fueran rumores. No obstante, poco tiempo después todos los empleados uigures fueron trasladados a la periferia de la ciudad. Solamente algunos levantaron la voz. Yo no me atreví. Puse mis cosas en una caja y un han se instaló en mi oficina en la sede de la Compañía. Meses más tarde Kerim postuló por vía interna a un cargo de ejecutivo. Tenía todas las cualidades y la antigüedad requeridas. No había ninguna razón válida para que no lo seleccionaran. Y, sin embargo, le dieron el puesto a otra persona. ¿Adivinan a quién? ¡A un empleado han que ni siquiera era ingeniero! Las coincidencias se multiplicaban. Nuestras hijas crecían. Y Kerim se crispaba.

Pese a estar envuelta en una cómoda negación, iba viendo nuestras perspectivas de futuro desaparecer. Las decep-

* En China los *hong bao* se distribuyen en la esfera privada y profesional durante las bodas, los cumpleaños, los nacimientos o, como en este caso, el Año Nuevo chino.

ciones en la Compañía de petróleo fueron desgastando a Kerim paulatinamente. En el año 2002 abandonó la región de Xinjiang para buscar trabajo en el extranjero. Primero en Kazajistán, de donde regresó un poco escéptico un año más tarde. Luego en Noruega. Y en Francia, donde pidió asilo. Se instaló allí y nosotras, las niñas y yo, debíamos reunirnos con él cuando hubiese obtenido el estatus de refugiado y encontrado un empleo. Nuestros amigos decían que estaba loco de empezar así, otra vez de cero. Sobre todo porque, al menos en apariencia, la vida aquí nos sonreía. Con los años Kerim y yo habíamos conseguido mejores salarios; vivíamos en el centro en un piso grande que nos había proporcionado la Compañía al nacer Gulhumar. Las niñas sacaban buenas notas en escuelas uigures. Conducíamos un buen coche. En resumen, ya pertenecíamos a cierta élite. Yo compartía la opinión de nuestros amigos. Además, no había salido nunca de mi propia provincia. La idea de aterrizar en algún lugar del vasto e infinito mundo me angustiaba.

¿Cuántas humillaciones, desigualdades e injusticias hacen falta para dar un golpe en la mesa y gritar: «Basta»? Un adagio chino dice que puede sucederte cualquier cosa en cualquier momento.

En Xinjiang, los puestos de control, las comprobaciones policiales, los interrogatorios, las intimidaciones y las amenazas son tan frecuentes que ya no prestamos atención. Es así, nuestra vida se desarrolla en libertad condicional, un estado de falsa libertad que se nos puede usurpar en cualquier momento. Ser invitado a tomar té en la comisaría del barrio forma parte de la vida cotidiana. Les contamos nuestra jornada a los policías, les damos los nombres de amigos y conocidos, hablamos del trabajo. Este es el precio de una relativa tranquilidad.

Cuanto más absoluta es la vigilancia, más natural se vuelve en la vida corriente. Entre los uigures todos tienen un hermano, un amigo, un primo, un sobrino que tuvo que vérselas con la policía, cuando no terminó desapareciendo du-

rante unos meses. Sí, cualquier cosa puede suceder. A cualquiera. Cada ciudadano es un disidente en potencia. Y en cada familia uigur descansan siglos de insumisión cultural, lo que nos convierte en disidentes desde el nacimiento.

Este conflicto empezó mucho antes de la anexión de los comunistas. Entonces ¿por qué sublevarse por unas discriminaciones extras?

A los franceses les cuesta entender esto. Mi hija Gulhumar emplea un buen ejemplo para ilustrar lo que estoy contando: Francia la componen una multitud de ciudades, pueblos, caseríos con viviendas, comercios, cafés... que a su vez están llenos de humanos. Por todos lados hay gente. En Xinjiang, cuatrocientos kilómetros de tierra yerma separan las dos grandes ciudades del norte, Urumqi y Karamay. Fuera de esas metrópolis construidas en las cercanías de oasis y campos petrolíferos, la soledad y el silencio se despliegan de forma casi infinita. La aridez ahoga toda vida humana. Solo la sucesión de montañas de cumbres recortadas rompe la línea desértica del horizonte. Para los servicios secretos locales no hay nada más simple que organizar la desaparición de un disidente y enterrar su cuerpo a la intemperie. Ser uigur en China significa vivir siendo consciente, en lo más profundo, de la posibilidad de desaparecer en cualquier momento en el gran desierto de Taklamakán.

También fue por esta razón por la que siempre me mantuve a distancia de los asuntos políticos. De niña, en Gulja, crecí sin oír a mis padres quejarse o recriminar nada contra el Gobierno. Eran obreros en una destilería cercana, hacían todo lo que estaba a su alcance para que a nosotros, sus ocho hijos, no nos faltase de nada pese a sus magros ingresos. Creo que les preocupaba más nuestra supervivencia que las discriminaciones que desde aquel entonces ya apuntaban a los uigures. Éramos una familia modesta y vivíamos lejos de las grandes ciudades en las que se mezclaban las etnias.

Al crecer me convertí en una joven tímida y estudiosa. En la Universidad de Urumqi me mantenía deliberadamen-

te a distancia de las preguntas políticas que salpicaban las conversaciones. No manejaba esos asuntos y tanta ira militante me espantaba. Sin embargo, en la capital se respiraba esa atmósfera. Cuando conocí a Kerim se me abrió un mundo ante los ojos. La política era su elemento. Podía hablar durante horas. Su mirada se encendía cuando una charla derivaba hacia la polémica. En nuestro entorno los estudiantes que venían de diversos puntos del país manejaban muchas ideas nuevas. El manto de silencio de la revolución cultural se desgarraba por todas partes. Todavía no se oía hablar de los sucesos de 1989 de Pekín, cuando cientos de miles de estudiantes se instalaron durante semanas en la plaza Tiananmén para exigirle al Gobierno reformas democráticas, pero nuestro movimiento estudiantil se iba pareciendo a eso.

Por amor, y quizá también por curiosidad, lo acompañé en diciembre de 1985 a las manifestaciones de Urumqi.* Exigíamos mayor igualdad social para las etnias minoritarias, el abandono de la política del hijo único y mayor autonomía por parte del Partido Comunista para administrar nuestra provincia. El movimiento, como el resto, fue liquidado de raíz, afortunadamente sin derramamiento de sangre. La policía se encargó de silenciar a los líderes, y nosotros, la masa, volvimos a las aulas de la universidad sin haber obtenido lo que pedíamos. Con todo, el fuego incandescente que albergaba Kerim en su interior nunca se apagó.

Una tarde del año 2000 volvió a casa sin decir palabra. Después de haberse tragado la desilusión por no obtener aquel puesto de trabajo y haber dejado que este episodio madurase, Kerim había tomado una decisión. Lo miré y encontré el mismo resplandor de insumisión que en otro tiem-

* A finales de 1985 tienen lugar varias manifestaciones pacíficas organizadas por asociaciones estudiantiles en diferentes ciudades de Xinjiang, entre ellas la capital, Urumqi. Los estudiantes denuncian en particular los ensayos nucleares en Lop Nor, la colonización demográfica o las desigualdades étnicas, y exigen mayor autonomía política en la región.

po se encendía en sus ojos. «Dimití —me dijo a secas dejando una caja con el logo de la Compañía en el salón. Por dentro, yo me sulfuraba. Y luego agregó—: Ya basta.» En el fondo, sabía que tenía razón.

Esa noche, mientras nuestra hija Gulhumar abrazaba a los últimos invitados de su boda, pensé de nuevo: «Kerim tenía razón». Más que nunca. Francia nos había devuelto nuestra libertad. En aquel mismo momento, en Xinjiang, una nueva ola de terror de una violencia inédita se abatía sobre los uigures.

Ese caluroso mes de agosto, sinónimo de tanta alegría para nosotros, representó allí la llegada de un nuevo actor crucial en el enfrentamiento entre nuestro grupo étnico y el Partido Comunista: Chen Quanguo, dirigente del Tíbet entre 2011 y 2016, conocido por haber instaurado métodos drásticos de vigilancia, acababa de ser nombrado jefe de la provincia. Con él la represión de los uigures cobró una magnitud dramática. Miles de ellos fueron enviados a «escuelas» construidas en un pispás en el desierto. Campos de reeducación o, en rigor, campos de lavado de cerebros. O incluso de algo peor. Solo algunos pocos, destrozados, logran salir.

Pero en ese momento, mientras la pista de baile aún se hallaba bajo una suave luz anaranjada y las últimas amigas se colocaban sus chales sobre los hombros y los motores de los coches ronroneaban en el patio contiguo, los horrores de los que Xinjiang era escenario aún me resultaban desconocidos. Estaba lejos de pensar que, unos meses más tarde, me encontraría inmersa en el torbellino de esta historia. Ahora no había más que Gulhumar, su vestido blanco, y la felicidad que me envolvía el corazón.